



CENTRO
EDITOR
DE AMÉRICA
LATINA

CAPÍTULO oriental 8

la historia de la literatura uruguaya



**PENSAMIENTO Y LITERATURA
EN EL SIGLO XIX:
LAS IDEAS Y LOS DEBATES**

A
B
C
D
E
F
G
H
I
J
K
L
M
N
O
P
Q
R
S
T
U
V
W
X
Y
Z

• Bibliotecas
— Charlas americanas

CAPÍTULO oriental

la historia de la
literatura uruguaya.

Este fascículo ha sido preparado por el Dr. Carlos Real de Azúa y adaptado por el Departamento Literario del Centro Editor de América Latina.

CAPÍTULO ORIENTAL presentará semanalmente, en sus treinta y ocho fascículos, la historia de la literatura uruguaya. El conjunto abarcará un panorama completo, desarrollado en extensión y en profundidad, de las obras más representativas de la producción literaria nacional, desde la Conquista y la Patria Vieja hasta nuestros días. El lector podrá coleccionar el texto ilustrado de estos fascículos, para contar con un volumen completo al cabo de su publicación; simultáneamente, separando las tapas podrá disponer de una valiosa iconografía de la historia del país.

Los libros que acompañan a los fascículos formarán la Biblioteca Uruguaya Fundamental.

8. Pensamiento y literatura en el Siglo XIX: Las ideas y los problemas



General Fructuoso Rivera, vencedor de Cagancha. Grabado tomado de un pañuelo de época.

PENSAMIENTO Y LITERATURA EN EL SIGLO XIX: LAS IDEAS Y LOS PROBLEMAS

Desde que en la murallada Montevideo se plantearon los primeros debates que la crisis del Imperio español acarrea hasta muy avanzado nuestro siglo, el fenómeno no conoció casi pausas. No se comercian sólo los bienes materiales: las ideas, también, son objeto de intercambio. Con modalidades distintas, es claro: no hay tablas cuantitativas para medir su correspondencia, el mercado es particularmente belicoso e inestable y los fenómenos de monopolio son tan frecuentes como las feroces competencias. Sin embargo, existe un rasgo común entre los dos comercios: el exterior es decisivamente más importante que el interno, aunque sus variantes sean menos abruptas y sus alternativas más fáciles de enfrentar.

Pocos viajeros que recorrieran Latinoamérica en el siglo XIX —y esto reza en especial para los anglosajones— dejaron de registrar un juicio casi unánime, apenas en cada país, se les entreabrieron las puertas de las clases superiores. Aquello, brevemente, les resultaba una olla de grillos. O un avispero —las dos comparaciones valen— en el que innumerables agujijones se amenazaban y agredían. Los intereses y las pasiones se convertían en ideas y se cohonestaban con ellas y, también, lo inverso ocurría. Mientras tanto, de modo unánime, se olvidaba el deber sagrado del trabajo y se malbarataban todos los propósitos que unían, o podían hacerlo. A pueblos paupérrimos y necesitados más que de otra cosa alguna, de afanes solidarios y prácticos, se les daba, en cambio, la sopa boba de los ideales y el circo romano de las grandes reyertas par-

lamentarias y periodísticas para el lucimiento de unos pocos.

Todo esto no es más que una caricatura que a veces unos copiaban de los otros: la "fronda ideológica" encubrió a menudo un fuerte ramaje de consenso; los líricos declamadores tenían a veces más sentido de su contorno de lo que ha solido creerse y, sobre todo, ese círculo sonoro y un sí es no es parasitario sólo deslindaba los núcleos educados del viejo patriciado y de las clases medias. A lo que habría que agregar todavía, por si esta ubicación fuera insuficiente o demasiado común, a los sectores habitualmente más jóvenes, y urbanos, y universitarios. Lo que equivale también a decir: a las gentes penetradas por los modelos culturales europeos y deseosas de seguirlos, los menos comprometidos o acuciados por las constricciones del diario vivir.

Este grupo social así configurado puede valer como el sostén humano de un "campo cultural" que tuvo entre nosotros, como en cualquier otra parte, su nivel y sus eminencias, en los términos relativos que la penuria general del ambiente imponía. En la prensa, sobre todo, pero también en los debates parlamentarios (muy a menudo abruptamente interrumpidos...), más raramente en el folleto y mucho más todavía en el libro, se oyeron las voces de ese ámbito y pueden escucharse aún. Pero todas estas vías no fueron, al fin y al cabo, más que el expediente de comunicación de un heterogéneo material que comprende las largas polémicas o los roces restallantes, los planteos docentes o administrativos, la reflexión individual, la conferencia magistral o la arenga de ocasión y hasta el sermón o la



Domingo Faustino Sarmiento y José Hernández: "Facundo" y el "Martín Fierro" o la contradicción entre "Civilización" y "Barbarie" que yace bajo buena parte de los debates ideológicos en el Río de la Plata del siglo XIX.

proclama revolucionaria. Esto, si se suma al temple colectivo que nuestras minorías cultivadas presentaron y a la especial circunstancia de estos países, explica que todo ese material ratifique con general docilidad los trazos que un filósofo español —José Gaos— asignó al pensamiento latinoamericano: personalizado, fragmentario, con propósito de incidencia social, pasional, penetrado de ambición estética. Aunque sólo vale la pena, es claro, recogerlo desde el nivel en que asume cierta generalidad y permanencia y no en esos planos en que lo accidental, lo pasajero, sofoca todo alcance y significación durable y hasta lo hace ininteligible más allá de su preciso momento.

"ENSAYO", "CIENCIA", "PERIODISMO"

Esta serie, que desde aquí comienza a remontar la cuesta generalmente desapacible del siglo pasado, quiere ser una historia de la literatura uruguaya y no un recuento del desarrollo de una cultura nacional, en su más abarcadora acepción. Pero no hay enfoque de una literatura que pueda circunscribirse a los llamados "géneros centrales" de ella: narrativo, poético, dramático, y descartar, de modo radical, a los habitualmente llamados "marginales" de la historia, la oratoria, la polémica o el planteo políticos, el derecho y hasta la ciencia natural. Por eso, y porque ninguna historia de la literatura, como se decía, puede aislarse, por pura voluntad de asepsia, de la historia cultural y social de la comunidad con la que está entrelazada, hay que estudiar ese material. Un material que es "ensayo", cuando accede a un determinado

nivel de personalización, cuando sigue un determinado curso de irreprimida libertad, cuando nace desde una perspectiva que lo distancia del afán menudo e inmediato. Y que es "ciencia" cuando se metodiza rigurosamente en su proceso de elaboración y se hace impersonal y siempre fundamentado. Y que es llano "periodismo" cuando el interés que posea mañana sea menor que el que tiene hoy, según lo afirma una definición bastante famosa, lo que lo acerca, digámoslo de paso, a buena parte de lo que "literatura" llamamos...

Vertido en cualquiera de sus varias formas posibles, categorizable en cualquiera de las direcciones a que se hacía inmediata referencia, ese material posee un vivo interés testimonial y un firme valor de esclarecimiento que es capaz por sí mismo de conferirle dignidad literaria, a poco que alcance ciertas condiciones de objetivación y de forma. Empero —¿para qué negarlo?— su valor histórico será siempre mayor, no tanto por lo que nos diga indirectamente sobre el país y sus alternativas y sucesos, como por lo que, directamente, sí, nos revele de los hombres que lo dirigieron o sirvieron a quienes la hacían, alumbre los entresijos de sus designios y descubra qué ideas alentaban, qué creencias los movían, a qué valores se adherían, qué metas fijaron a la nación en la que eran la "intelligentia". El referido material delata qué categorías de pensamiento utilizaron para entender y enfrentar los dilemas, las amenazas, los desafíos a los que estuvo expuesta la colectividad uruguaya como un todo, o la clase o el sector social de que formaban parte.

Las ideas no lo son "todo", pero sí un rubro importante dentro de cualquier "todo". Y si prescindimos de ellas, especialmente cuando se hacen "creencias", y se entrelazan oscura pero sólidamente con todas nuestras representaciones, impulsos y reflejos, sólo recogemos de la acción de los hombres en el tiempo un mero automatismo, tanto más engañoso y falso cuanto más simple y convincente parezca.

Las dificultades comienzan ahora. Porque si hemos de explayar constreñidos a una ojeada velocísima lo que se pensó y discutió decisivamente en el Uruguay del siglo XIX no hay procedimiento o enfoque claramente válido.

Si se entiende por "cultura" la forma peculiar en que un grupo humano ve el mundo y ajusta a esa visión su conducta, es posible marcar entonces una serie de direcciones y de tareas, examinándolas en cada caso y señalando en ellas lo más peculiar. Veríamos entonces que la cultura uruguaya del siglo XIX se esforzó en las siguientes direcciones, que aquí se enuncian sin la intención de establecer una jerarquización entre ellas ni en un orden cronológico preciso.

PRIMERO: UNA CONCIENCIA DEL PAÍS.

Primera: Una conciencia, una percepción de la "circunstancia" espacio-temporal del país y de las alternativas que habían de enfrentarse, es un examen en el que se inscriben lo que es rotulable de "cuestión nacional" y otras muchas preguntas, acuciantes y a menudo angustiosas por más que no plantearan problemáticamente la subsistencia de nuestra propia entidad de Estado independiente. ¿Cuáles eran "los males" uruguayos y qué raíces y entrelazamiento tenían? ¿Qué representaba el caudillaje y el sistema del caudillaje y qué factores sociales los promovían? ¿Cuáles eran las razones para que los uruguayos optaran con tan rara unanimidad por el principio personal, se dejaran guiar por "las personas" y formaran bandos y partidos en torno a ellas y a sus pasiones, y desdeñaran la conducción impersonal, el gobierno de "los principios", o "las leyes" o "las cosas"? La cuestión se plantea a poco de iniciada la existencia nacional nominalmente soberana y corre en fórmulas persistentes hasta la clausura del siglo. ¿Qué vientos soplaban sobre los rescoldos, nunca apagados de las pasiones partidarias para que la guerra civil fuera una presencia endémica que cerraba abruptamente toda empresa social de largo aliento, toda promoción del trabajo y la riqueza? ¿La ambición personal, los hombres, el agudo disentiimiento de todos en torno a todo, la constante intrusión extran-



El muelle viejo de Montevideo. Grabado de T. Pascual. (Fragmento).

Andrés Lamas.



"EL HOMBRE DEL 51"

Las patrias latinoamericanas del siglo XIX llamaban pronto a los hombres de valer y los gastaban con igual rapidez. Antes de los veinte años, Andrés Lamas era ya voz para el consejo, mano para la pluma, ingenio para la intriga. Codirector del romántico "El Iniciador" (1837), y del combativo "El Nacional" (1838), enérgico jefe de Policía del Montevideo de la Defensa, sospechado administrador de las contribuciones y las imposiciones que las urgencias de la hora toleraban, fundador en 1843 del Instituto Histórico y Geográfico, enviado diplomático ante el Imperio de Brasil, Lamas ha quedado en nuestra historia como el desaprensivo negociador de los onerosos tratados de 1851 que nos arrebataron para siempre importante porción del territorio y sometieron a la República por casi dos décadas a una virtual tutela de Brasil. Poco sentido tiene condenarlo y mucho más lo tiene en cambio ver en la decisión que optó por el despojo y la minoridad como el confín dramático de la alternativa, que entre la imagen de una patria carnal e intocada pero sometida a la "barbarie" y la vigencia de una "civilización" en una tierra materialmente disminuida atormentó por casi una década a la ideología liberal de la Defensa. Esto no quiere decir que después no desplegara Lamas su destreza diplomática para lograr los mejores términos posibles para el país: "el hombre del Brasil" en el Uruguay fue a veces "el hombre del Uruguay" en el Brasil. Y si se había consumado ya la gran renuncia, la prudencia política y una lucidez sin concesiones a la demagogia y a las pasio-

nes aconsejaba ir hasta el fin; en el "Manifiesto del 55" Lamas formuló el prospecto del país según lo concebía la burguesía liberal ilustrada y que habría de fundarse sobre las bases inmovibles de la alianza brasileña "lealmente entendida" y la extinción de los ya por entonces desacreditados bandos partidarios.

Capaz de ser figura conspicua en el ambiente de la única corte americana, amigo de emperadores, Lamas representa un tipo que nunca faltó en nuestras desbarboladas repúblicas y que es el de aquel que considera que su país le queda chico y sigue entonces, con los intereses de la nación entre las manos, una desprejuiciada política personal. Ello hace explicable que su posterior carrera también esté llena de luces y sombras y de todos los compromisos del "posibilismo" de alguien que pugna por sobrevivir entre la malquerencia que rodea a su nombre. En Buenos Aires, y junto a la élite porteña, a la que en verdad pertenecía, pasaron sus últimos años, que también fueron de estudio y labor intensa. Sus "Apuntes históricos sobre las agresiones de Rosas" (1845) habían sido panfleto político pero también historia desde el presente; más tarde, del bibliógrafo y del coleccionista afanoso de cosas nuestras emergió el historiador y el editor y analista de las viejas crónicas del período colonial. Su proyecto de redactar una historia del país otros lo cumplirían: él había contribuido a enderezar a este país por los caminos que siguió y sólo alcanzaría a acumular los medios con que tal historia podría escribirse.

jera, la falta de respeto a las garantías del derecho y de la ley? ¿O, acaso, la marginalización de ciertos grupos de nivel económico y cultural paupérrimo que, en el ámbito del país semivacío o en sus mismas fronteras, estaban siempre listos para el correr de la patriada? ¿Qué herencia, qué lastre funesto pesaba sobre nuestro destino para que las cosas ocurrieran así? Fue casi unánime la atribución al coloniaje hispánico de la más grave responsabilidad, mediante un contraste casi infaltable con la república norteamericana. De aquél nos habrían venido los comportamientos de imposición autocrática y de sumisión servil, la falta de hábitos de trabajo modesto y útil, la proclividad al dogmatismo y la unilateralidad, la incapacidad para el entendimiento y el compromiso.

En 1845, el "Facundo" de Sarmiento había ceñido en términos de entradora simplicidad el contraste entre lo que queríamos ser y lo que éramos: civilización y barbarie. Bajo el primer lema se alineaban los valores sociales y cul-

turales de lo que se denomina "Modernidad", identificados también con los de Europa (occidental) y su adopción por nosotros, con los de las ciudades portuarias o mediterráneas (y aun "la Ciudad" como estructura de convivencia social) y también —¿por qué no?— con los propios valores y conductas de las clases altas educadas que, tras los primeros años de la segregación de España, habían visto escapárseles el poder de entre las manos. La "barbarie" significaba, inversamente, las formas de vida tradicional, el legado psico-social e institucional de España y, en verdad, todo el ámbito espacial y la presencia humana rioplatense y americana que se hallaba apenas se traspasaban los lindes de las ciudades y el desierto y la indigente plebe mestiza empezaban a circuir por todas partes. También, por más que hasta las últimas décadas del siglo no sea exacto hablar de posturas antirreligiosas difundidas, la religión católica tal como había sido modulada por la historia española y, se suponía, la Edad Media. Tradición, América, España,



Juan Carlos Gómez.

GESTO Y SUSTANCIA

Curiosa silueta la de este hijo de brasileño que detestaba al Brasil, la de este nostálgico de la Defensa (1843-1851) que desertó de ella, la de este promotor de un "conservadorismo" antirrevolucionario que nunca descansó en su actividad facciosa, la de este apegado a su "patria chica" que quiso anexar a la orgullosa Buenos Aires, la de este Juan Carlos Gómez (1820-1884). Sólo la psicopatología más afinada podría hurgar con fruto en este hombre que pasó buena parte del período comúnmente activo de la existencia evadiendo confrontación con el éxito o el fracaso que una tarea naturalmente aceptada, y aceptada hasta el fin, conlleva, en este hombre que parece haber buscado como valor y meta suprema de su vida un mismo repetido gesto de vencimiento melancólico y lejanía irremisible. Pero si curioso es Juan Carlos Gómez, más sorprendente todavía para nuestra sensibilidad y nuestro criterio de los valores humanos es la admirativa devoción que suscitó entre dos o tres generaciones que le sucedieron, que alcanzó su ápice en el traslado de sus restos a Montevideo en 1909 y puede seguirse en el panegírico trazado por dos espíritus tan distintos como los de Juan Zorrilla de San Martín y José Enrique Rodó.

campo, religión, concurrían, por medio de esta vigorosa síntesis, a esa entidad de "la Barbarie" que explicaba todos los males.

Sería peligroso negar la aceptación general que alcanzó en el Uruguay, tanto como en la Argentina, el dilema "Civilización o Barbarie", cuya demolición sólo comenzaría más tarde. Los reparos, que los hubo, fueron escasos, pero la evolución política del país después de 1851 y su misma magnitud espacial determinaron que esa contradicción doctrinaria se desplegara con un grado (bastante menor que al otro lado del río) de presuntuosa superioridad, de destemplado ánimo de imposición. El dualismo pareció, en suma, menos profundo que en otras partes y los ingredientes —clases, partidos, costumbres, ideas— menos unívocamente alistables debajo de cada uno de los términos. Con todo, y esto aun después de los planteos más perspicaces de Varela y de Bauzá, el esquema intelectual que Sarmiento acuñara yace debajo de buena parte de los debates ideológicos de aquel tiempo. "Civilización" o "Barbarie" está en la polémica filosófico-religiosa posterior a 1870. Está en el debate entre los partidos sobre su tradición, su dignificación, sus intenciones. Está en el debate sobre Artigas y el artiguismo y la significación socio-cultural del federalismo, el caudillaje y la montonera. Está en la justificación de los antagonismos que opusieron a la clase dirigente urbana, patricio-burguesa, doctoral y los eventuales contradictores de su poder. Está en la raíz de las políticas nacionales de inmigración y colonización y la alternativa (teórica) que éstas plantearon entre un reemplazo global de la población nativa por el elemento extranjero o una integración y elevación (o la inversa: su exclusión) de la primera en los nuevos cuadros nacionales a llenar. Está, por último, en las opciones más trascendentales que la existencia del país impuso. Cuando el Uruguay se vió dilacerado entre la presión argentina y la intervención abierta de Francia e Inglaterra en nuestros asuntos, cuando el proceso de extranjerización económica y cultural se hizo incontenible, cuando hubieron de adoptarse temperamentos como la actitud defensiva frente a la codicia mal disimulada de la Europa capitalista o la abierta confianza en la benevolencia última de "las naciones rectoras" la pegadiza antítesis sarmentina nunca estuvo ausente.

SEGUNDO: UNA TOMA DE CONCIENCIA DEL PASADO.

Difícil es concebir una colectividad moderna en la que no exista el quehacer historiográfico. Lograr una versión lo más completa y veraz que se crea posible de los modos por los que

Policia de la Patria. J. M. Blanes.



DE LA LEGISLACION ESCOLAR

Consideraciones teórico-prácticas
sobre la organización de la Instrucción pública

ESTUDIO SOBRE NUESTRO ESTADO ACTUAL

Y SUS CAUSAS

PROYECTO DE LEY DE EDUCACION COMUN

REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

JOSÉ PEDRO VARELA

Publicado por la Comisión de Instrucción Pública de Montevideo

MONTEVIDEO
IMPRENTA DE "EL NAUPEL" ZABALA
1876

LA GUERRA CIVIL Y LOS PARTIDOS

DE LA
REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

EFUSION DE LA QUERENDICA A LA JUVENTUD DE SU PATRIA

CÁRLOS MARIA RAMIREZ

MONTEVIDEO

Imprenta a vapor de EL NAUPEL calle del Comercio N.º. 66
1878

Facsimil de la 1ª edición de "La guerra civil y los partidos", de Carlos Ma. Ramírez.

esa colectividad fue siendo hasta el presente lo que es, representa tarea inexcusable en toda cultura. En una nación nueva, por sobre ello, como lo éramos todas las latinoamericanas del siglo XIX, la historia cumple una función de coligante nacionalista que posee primerísima importancia: la justificación de esa entidad soberana, el subrayado de los empeños y heroísmos que la ayudaron a nacer no se ven casi nunca como propósitos reñidos con la objetividad, que el espíritu científico que una historia sería pretende.

Los principios, eso sí, son casi invariablemente modestos y los de la historiografía uruguaya lo fueron. El afán por fijar un ayer que se borra, utiliza el recuerdo y el testimonio personales; nuestros primeros historiadores vivieron nuestra historia y recurrieron al documento en forma menos sistemática de lo que hoy suele considerarse deseable. En el punto de partida, también, la simple narración temporal de los hechos satisface las aspiraciones de autor y lectores y sólo más tarde se abre paso la preocupación por explicar el curso de los sucesos, por interpretarlos a la luz de criterios sociológicos o filosóficos más abarcadores y profundos. Mientras esa intención se concretaba, y aun después de ella, la particular configuración político-partidaria del país y la misma índole de los modelos más prestigiosos decidió que buena parte de nuestra historiografía fuera lo que recién hoy empieza a dejar de ser, esto es, pasional y personalista, partidaria a veces hasta el frenesí y casi siempre ceñida a los procesos políticos, institucionales y militares. Igualmente resulta explicable que hasta muy avanzado el siglo XIX el período colonial y el de las luchas por la Independencia absorbieran casi todos los esfuerzos; el resto se dejó liberado a la polémica política, al incansable reproche mutuo de los partidos.

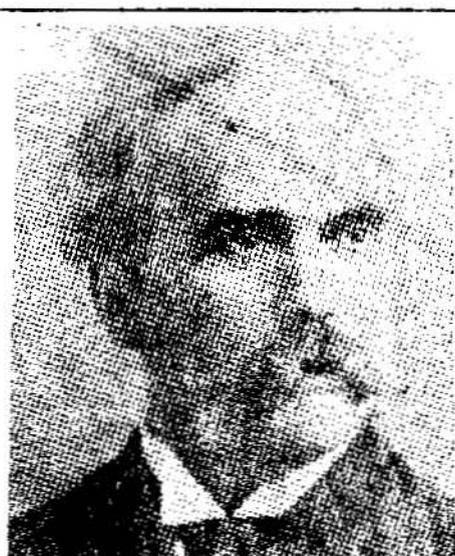
Fueron hombres modestos y de muy medidas aspiraciones nuestros primeros historiadores, y tal es el caso del cordobés Juan Manuel de La Sota y su *Historia del territorio...* de 1841, del español Antonio De Pascual y su libro de 1864, del cronista Isidoro de María, que se estudiará en otro de estos capítulos, y que fue nuestro primer biógrafo con sus *Rasgos biográficos de hombres notables (1879-1886)* y nuestro primer redactor de textos con su *Compendio de la historia del Uruguay*, editado y mejorado repetidas veces entre 1864 y 1902. Tampoco escapa del todo a tal nivel de logros e intenciones, Francisco Berra, que le pisó casi los talones al anterior con su *Bosquejo histórico...* publicado por primera vez en 1886 y reeditado y completado hasta 1895. Sólo se caracterizan por una ambición más dilatada de explicación sociológica los *Estudios históri-*

cos, políticos y sociales sobre el Río de la Plata (1854), de Alejandro Magariños Cervantes y aun hoy muy legibles y por su desmesura y frecuente tendenciosidad los muchos tomos de la *Historia política y militar del Río de la Plata* (1877-1878) del coronel Antonio Díaz. Un libro, diríase, que cierra un período. Porque se estaba ya a un paso de que Francisco Bauzá elevara a otro plano toda la labor ya realizada y que toda nuestra historiografía clásica encontrara su gran tema en la polémica reivindicación del calumniado "Jefe de los Orientales".

Tiene jalones que han sido bien establecidos este proceso que lleva de la *leyenda negra* al *culto artiguista* y cuya primera contribución importante es la *Vida* del prócer publicada por Isidoro de María en 1860 y en tierra entrerriana. Pero fueron las polémicas del 79 y el 80 sobre el sentido del proceso independentista las que le dieron el impulso decisivo: tras ellas, y en unos pocos años, se alinearon el demoledor ataque de Carlos María Ramírez al *Bosquejo histórico* de Berra (1882) y el inspirado *Artigas* de 1884, fruto del acre debate entre "La Razón" de Montevideo y el anónimo colaborador del "Sud-América" de Buenos Aires. Y en seguida, promovido el primero por un concurso convocado por el Ateneo, los dos trabajos meritorios de Justo Maeso, en 1885, y la valiosa compilación de Clemente Fregeiro, al año siguiente. Con todo, esta labor reivindicatoria que fundará por medio siglo las certidumbres de la existencia nacional ya había recibido por ese entonces el molde definitivo que le imprimió y que es también el de todo el período clásico de nuestra historiografía.

TERCERO: ESTAR A LA ALTURA DEL CONOCIMIENTO UNIVERSAL,

Desde que la expansión de la Europa occidental fuera de sus límites geográficos inició el proceso de unificación cultural del mundo, ha constituido una de las direcciones sustanciales de toda tarea cultural nacional la recepción de las corrientes de pensamiento que en el viejo continente y más tarde en toda el área noratlántica ganaron prestigio y vigencia. Por ello, asimilar sus pautas, sus doctrinas, sus ideologías, informar con ellas la actividad académica, alcanzar una versión propia y presuntamente adecuada a las exigencias de nuestra promoción social de las novedades y las modas intelectuales de cada hora, representa el centro vertebrador del proceso cultural y, seguramente, el mejor hilo de conducción para reconstruirlo.



EL SONORO DOCTOR

Tal vez ningún otro uruguayo del pasado encarne tan completamente como Carlos María Ramírez (1848-1898) las calidades y los defectos, las luchas y las contradicciones de un sector social que se consideró dotado con todos los atributos de una aristocracia —una "aristocracia republicana"— y llamado, por ello, al mando político y a la dirección cultural del país. La obra de los "doctores" ha suscitado juicios y reacciones muy encontrados y el "principismo", que fue tal vez su expresión política más típica, dictámenes que van desde lo ácido hasta lo laudatorio. Componente de una activa hermandad (con José Pedro, Gonzalo y Octavio) en la que él es quien ha dejado más obra, Carlos María Ramírez pasó del coloradismo intransigente a la no menos intransigente condenación de todos los partidos tradicionales (en "La guerra civil y los partidos" y "La Bandera Radical"), del enfático teorismo de sus cursos de derecho constitucional hacia el más cauto relativismo de los años ochenta y noventa, desde las ambiciones poéticas y novelísticas de su juventud a la prosa árida de los presupuestos y los dictámenes. Pero todos estos tránsitos se acompañaron en él con una abundante exteriorización escrita que hacen de su evaluación espiritual no sólo un fenómeno factible de indagar sino también un valioso testimonio de las corrientes ideológicas de la época y de su refracción nunca simple entre nosotros.



José Pedro Varela

EL APOSTOL DE LA LUZ

Muchas veces los colores vivos de una personalidad, las líneas más nítidas de un perfil humano han de ser rescatados de manos de un enemigo más fuerte, más peligroso que otro alguno. Ese enemigo, no es, por supuesto, ni el villipendio, ni el olvido, ni la indiferencia sino el culto rutinario, el panegirico ritual que alguna vez poseyó sustancia pero la ha perdido. Cuando la trayectoria del hombre, su obra se han identificado con una institución, un cuerpo social de vida duradera, ese culto se hace el de todos y el de nadie; a fechas y circunstancias fijas repite los encomios ya sabidos y fortalece con ellos su buena conciencia.

Pocas, o tal vez ninguna de las grandes figuras de nuestro pasado debe de haber estado más largo tiempo sometida a este desdibujamiento, a esta abreviación de la ejemplar que la de José Pedro Varela (1845-1879), el reformador de nuestra enseñanza primaria, el apóstol de la escuela, el propulsor de la transformación del país por medio de un radical cambio de los metas y los valores que dinamizaron nuestra sociedad y de las normas de conducta que de esos valores y esas metas derivan. Esto, o dicho en otros términos, la labor de la enseñanza presidiendo, incentivando el alumbramiento de nuestras estructuras sociales y mentales es la dimensión más profunda del designio de Varela y no, seguramente, la que puede resultar del estereotipo que suele verlo como un mero multiplicador de aulas en un ambiente precario y aun hostil. O el que, derivado de su "luz más luz" de abolengo góthico, lo considera, al modo de ciertos "iluministas" de la XVIII. centuria, como un obsesivo por las puras virtualidades de la "instrucción" intelectual en el más limitativo de los sentidos. Su designio educativo, vale la pena decirlo, lo persiguió Varela con una tenacidad, una pasión, una simplicidad rectilínea de propósito que disuena curiosamente con el diletantismo de casi todos sus contemporáneos, tironeados, tentados por los más diversos intereses y las empresas más disonantes entre sí. Fue como si la premonición de la brevedad de su vida hubiera cerrado drásticamente la atracción de toda falsa vía, de toda tarea que no fuese la esencial. Cierta es que, en brevísimo lapso, Varela ya había quemado las

frecuentes ilusiones del periodismo, del éxito político y del relumbrón poético. (Sus Ecos perdidos, de 1868, quedaron bien perdidos...).

En la educación del pueblo (de 1874) y la legislación escolar, dos años posterior, sentó los presupuestos de la reforma escolar, que empezaría en 1876 con su nombramiento a la Dirección de Instrucción Pública por mano del flamante dictador Latorre y con el decreto-ley de Educación Común, al año siguiente. Cortísimo plazo le dio la vida para poner en marcha los nuevos mecanismos y aun en él tuvo que librar la larga y amarga polémica con Carlos María Ramírez que implicó, menos que la escuela propiamente dicha, la Universidad vieja y sus bases sociales y el destino nacional uruguayo en su más vasta dimensión. Tanto en ello, conteniendo con los puntos de vista del idealismo romántico-doctoral de su antagonista, como en los libros anteriormente mencionados, Varela se revela inequívocamente como el primer intelectual de nuestra tierra que, de una manera cabal, tenga una percepción entrañada de la colectividad a que pertenece y para de ella para fundar su quehacer sobre el cimiento más sólido posible. Es por esto que, si no un "sociólogo" en una acepción del término que resultaría descolocada, es un auténtico ensayista social y uno de los más valiosos representantes de este tipo de pensamiento que, inducido como era y es habitual desde el magisterio filosófico de Europa, puede, sin excesiva precisión, denominarse "positivista".

Cuando, en el apogeo del período militarista, desdeñó para siempre los empujos de la política y la insurrección civil y cuando, sobre todo, aceptó del coronel Latorre los instrumentos efectivos para concretar su meta, Varela se colocó bajo el fuego concentrado de los doctores de su generación y aun de algunos, como el posterior presidente de 1903, que no lo eran. Fue así que levantó una animadversión de grupo que, aun tras de su muerte, no se inhibió de protestar contra la cesión de la sala del Ateneo del Uruguay para un homenaje a su obra y memoria. Pero también con esas actitudes, y es algo que explica esas demasías, se situaba en la zona más quemante de esos dos grandes debates político-culturales del último cuarto del siglo XIX.

Situado en la margen atlántica de Latinoamérica, sólidamente europeizado en su componente demográfico, con un tempranamente alto índice de urbanización, el Uruguay fue un ámbito en extremo acogedor para los prestigios culturales europeos que, sin embargo, no los adoptó en forma indiscriminada y, a veces, los refractó curiosamente. De cualquier manera, no es imposible rastrear en la historia intelectual del país diversas secuencias, entre las cuales las mejor estudiadas han sido las filosóficas y religiosas y que podrían esquematizarse hasta 1900, del modo siguiente:

- a) filosófico-científicas: escolástica decadente, "Ilustración", "ideología", utilitarismo, eclecticismo, espiritualismo, racionalismo, positivismo, empirismo, evolucionismo, etc.;
- b) religioso-culturales: catolicismo tradicional, racionalismo ilustrado y masonería, "catolicismo jesuítico" y catolicismo liberal, racionalismo deísta, agnosticismo, etc.;
- c) político-sociales y económicas: absolutismo y mercantilismo, "despotismo ilustrado", liberalismo revolucionario francés y federalismo democrático norteamericano, liberalismo "doctrinario", nacionalismo autoritario, liberalismo demócrata radical, principio liberal, estatismo, conservadorismo positivista, etc.;
- d) artístico-culturales: clasicismo y rococó, romanticismo, historicismo y nacionalismo, realismo y naturalismo, criollismo, etc.

No faltarían razones para encontrar esta lista excesiva y tampoco para considerarla corta. Porque es obvio que todos sus componentes incidieron en forma muy peculiar y hallaron entre nosotros audiencia y reflejo muy diferentes. Las corrientes filosófico-científicas no pasaron casi nunca de la mera adopción carente de auténtica asimilación creadora: tuvieron su vía predilecta de influencia a través de la tarea educacional de nivel universitario, pese a la excepción que constituyen Varela y la reforma escolar. Sin embargo, en la lucha entre el espiritualismo racionalista e idealista y el positivismo científico se expidió un conflicto socio-cultural de gran alcance: el que opuso al viejo patriciado liberal y elitista con las nuevas incipientes expresiones de un Uruguay mesocrático y "fenicio", según un término entonces en boga.

Tampoco debe soslayarse una peculiaridad fundamental que la secuencia de corrientes político-sociales subraya con especial fuerza pero también las otras podrían hacerlo. Esa peculiaridad consiste en que no siempre fueron las ideologías más explícitamente formuladas por su condición de reflejo o eco europeo las más importantes y decisivas, pese a haber sido las mejor estudiadas y a que re-

CONSTITUCION

DE LA

REPUBLICA

ORIENTAL DEL URUGUAY,

SANCIONADA

POR LA

ASAMBLEA

GENERAL CONSTITUYENTE Y LEGISLATIVA

EL 10 DE SEPTIEMBRE DE 1830



MONTEVIDEO.

IMPRESA DEL SENADO, CALLE DE SAN LUIS, NO. 24

1830.

Facsimil de la 1ª edición de la Constitución de 1830.

sulten las más reconocibles. Coriolano Alberini y José Luis Romero han destacado el mismo hecho en "La evolución de las ideas argentinas" y el primero aventuró en uno de sus escasos y fundamentales trabajos el poderoso interés de esa fuerte y nueva, aunque oscura **axiología colectiva**, esa constelación de valores que cada pueblo va teniendo en el curso de su desarrollo histórico. Porque también poseen interés algunas borrosas direcciones doctrinales que, sin perfilarse hasta la precisión de "ideologías", han informado el curso de los sucesos durante cierto período y son una de las claves ineludibles para comprender la voluntad de sus actores. Para poner ejemplos uruguayos, que son los que aquí nos importan, se puede observar que entre esas direcciones antes aludidas se encuentra el nacionalismo autoritario con toques paternalistas, que representó la doctrina sólida pero escasamente intelectual (y a veces sólo una reacción refleja) del "gobierno del Cerrito", entre 1843 y 1851. Y también la postura racista que fue común al doctorado liberal y que implicaba la desconfianza o el desprecio por todo lo latino, lo criollo, lo mestizo y la correlativa admiración a los pueblos nórdicos, sajones, anglo-germánicos. Y también las tomas de posición racionalizadas de apoyo conservador a los "gobiernos fuertes" (aunque todavía estos casos no agotan ni mucho menos la lista).

Pero aun en la circunstancia de corrientes ideológicas más explícitamente formuladas y más claramente filiales en tendencias de amplitud universal, el hecho de su incisión en una realidad tan específica como la nuestra, tan distinta al contexto socio-cultural en que habían sido generadas, provocó el alumbramiento de configuraciones ideológicas dotadas de una acentuada peculiaridad. El desajuste entre los intereses que legitimaban y las funciones que cumplían en su lugar de origen y los intereses que aquí legitimaban y las funciones que cumplieron entre nosotros, es un factor de esa originalidad, fenómeno que puede señalarse en esos conglomerados doctrinales de tan poderosa influencia en nuestra historia que fueron la "ideología de la Defensa" de Montevideo, o el "liberalismo rioplatense" que constituyó la vertebración común de grupos montevideanos y porteños entre 1850 y 1870, o el posterior "principismo doctoral".

CUARTO: DEFENSA Y ATAQUE DE LAS IDEOLOGÍAS

Una de las funciones de todo sistema cultural moderno es el de la defensa y ataque de las ideologías, la cuarta dirección cultural, según la ordenación que aquí se sigue, y que en las líneas anteriores, aun de modo tan sucinto, queda esbozada.

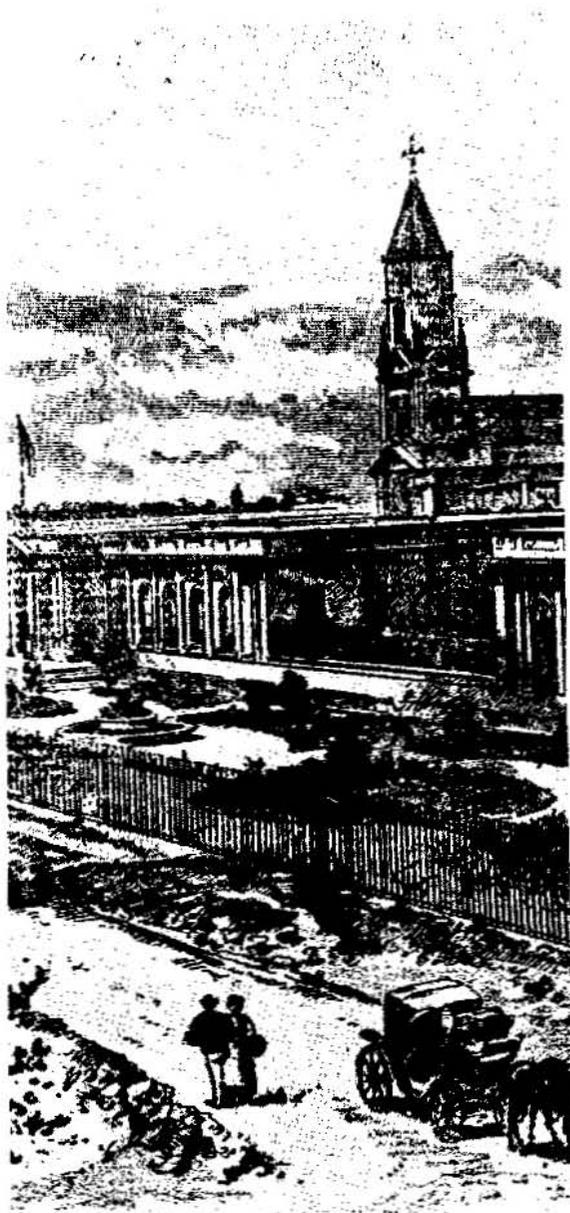
Sería, sin embargo, erróneo suponer que todas las corrientes intelectuales del mundo incidieron entre nosotros de modo sucesivo y por acción siempre discernible e independiente. Lo contrario es lo cierto, y si por una parte los distintos niveles (político-social, artístico-cultural, filosófico-religioso) tendieron a confundirse e intrincarse obedeciendo a tendencias incoercibles de coherencia, ciertas direcciones ideológicas —caso del liberalismo en sus diversas manifestaciones y modalidades— sobrevivieron a poderosos desafíos y parecen haber vertebrado una verdadera ideología nacional de la pasada centuria.

Cabe la afirmación de que fue en esta línea ideológica central en la que recayó una de las funciones de toda cultura moderna, la quinta en nuestra ordenación, esto es, la fijación de valores y metas de una sociedad dada.

Es obvio que no se elaboró en un momento determinado este conglomerado doctrinal que, en puridad, sólo en las últimas décadas del siglo aparece plenamente perfilado, pero que desde el federalismo artiguista y sus contradictores ciudadanos y el liberalismo doctrinario de nuestra primera constitución anuncia definitivos contornos. Su rasgo más abarcador

J. C. Blanco





reside en la aspiración a un remoldeamiento de nuestra sociedad de acuerdo con los principios que pueden designarse indiferentemente como los de la "occidentalización", la "europeización" o la "modernización". Los tres se sinonimizan entendidos a una altura histórica determinada, que es la de la Europa occidental en su versión liberal burguesa, tal como se expedía a través de Francia e Inglaterra, aunque también y posteriormente, de los Estados Unidos. Los medios para alcanzar esta meta habían de ser, supuestamente, los mismos que habían servido en las naciones-modelos; sólo accidental y fugazmente se abrió algún paso el barrunto de que pudieran ser diversos y hasta antagónicos. Pero como esos "medios" valían por igual como "contenidos", es posible alinear sumariamente que bajo el rótulo de europeización o modernización o civilización, los hombres del siglo pasado entendían en lo político el gobierno civil, representativo, limitado y normado por principios jurídicos y garantías y libertades individuales que lo preservaran de la arbitrariedad y el personalismo militar o caudillesco, con poderes firmemente deslindados e independientes, con partidos estables e impersonales, dotados de un sólido cimiento ideológico. En el orden económico, el ideal del "fomento" se centró en la promoción de las vías de comunicación —desde las fluviales al ferrocarril, gran mito progresista de la segunda mitad del siglo XIX—, la modernización y tecnificación de nuestra producción primaria, la activa participación de la energía y el capital extranjero a través de una inmigración y una colonización metódicamente promovidas. El Estado y sus funciones se concebían al modo liberal, esto es, muy limitados pero, dentro de sus estrictos límites, capaces de maniobra y acción por medio de una burocracia

cia competente y de una suficiencia económica que habrían de ser asegurados por una fiscalidad y un presupuesto bien enquistados. Sin embargo, ni el orden político deseado ni el fomento económico que se anhelaba habrían de ser factibles sin la renovación cultural que promovería la labor educativa en sus distintos niveles y en cuyo contenido se aunaron los valores capitales de la ilustración, del Romanticismo y del cientificismo. Esa renovación es la que había de asegurar la acción política de una ciudadanía esclarecida, desinteresada y responsable y los logros económicos que alcanzarán el trabajo empeinado, la audacia empresaria y el legítimo apetito de las buenas cosas del mundo dispuestos a tramonar las maldiciones de la tradicional incuria criolla y el primitivismo y la parvedad de un país todavía colonial.

Innumerables matices podrían introducirse en este esquema y, como es natural, incesantes conflictos marginaron esta aparente primacía de una corriente ideológica. La realidad del curso histórico fue planteando dilemas que los meros instrumentos doctrinales no resultaron capaces de procesar, ya porque no dieran soluciones inequívocas, ya porque las inducciones del contorno y los intereses resistieran sus dictámenes.

Sin pretensión de agotar, ni mucho menos, la lista de estos debates, puede recordarse que, en el plano político, se sucedieron los que enfrentaron la posición independentista y la fidelidad a España, pero ambas desdobladas a su vez: la primera entre el autonomismo federalista y un unitarismo que conservara el viejo molde virreinal y la segunda entre el apego a la ya arcaica modalidad absolutista y un Imperio liberalizado y renovado. Y tras él, lograda la nominal consagración de

una soberanía nacional, el dilatado conflicto entre el gobierno civil y las formas personalizadas del mando caudillesco o pretoriano. Y a su lado, y aun sobreviviéndole, las candentes cuestiones que constituyeron la legitimidad de los partidos tradicionales con fuerte trasfondo emocional y la aspiración a nuevas formaciones partidarias de definido perfil ideológico y ciudadano. Y entremezclados con ella los debates, que llenan el último tercio del siglo, entre "sectarismo" o predominio de partido o amplia coparticipación de ambos en el gobierno. Y el de "posibilismo" o intransigencia frente a titulares y formas de mando que resultaban repudiables a la alta burguesía culta e independiente. Y, cerrando el siglo, la justificación del antagonismo entre los incipientes "partidos de masa" y los dominantes cuadros oligárquicos, estrechamente vinculados también con la tensión entre la desembozada doctrina de la "influencia directriz" del gobierno y una anhelada espontaneidad popular. Y aun habría que agregar debates que tuvieron su hora de candente actualidad, como el que enfrentó la doctrina —y sobre todo la práctica— del centralismo y la aspiración al gobierno autonómico municipal. O el que opuso, en la crónica sucesión de mandatarios repudiables, la drástica solución de la protesta armada frente a los pausados ensalmos de la "evolución pacífica". Y de una magnitud infinitamente mayor las grandes cuestiones que acechaban desde los orígenes en el fondo del cuadro. ¿Qué justificación tenía el país consagrado por la Convención Preliminar de Paz de 1828? ¿Qué condiciones de viabilidad ofrecía frente a la índole menesterosa de sus instrumentos de soberanía? Es una discusión que llena el tercer cuarto del siglo y rebrotó y rebrotó ante cada alternativa fundamental de



FRANCISCO BAUZA

Es nuestro historiador del período llamado "clásico". Su "Historia de la Dominación Española en el Uruguay", espléndidamente escrita, es el primer libro de gran estatura dentro de su género y, lejos de representar mera aunque ingente labor tuctualista, se halla vitalizada por un penetrante y peleador designio: justificar la existencia de una nación independiente y predestinada a ello desde su más lejanos orígenes. Acendradamente católico, hombre de anchas espaldas para el golpe y el contragolpe, podría decirse que fue casi solo que combatió contra toda su generación por los valores religioso-culturales de la Tradición y enfren-

tó la legislación laicista promovida durante el gobierno militar de Máximo Santos. Esto, sin perjuicio, de que abogara poco más tarde ante una cámara y una barra cerradamente hostiles, por que las garantías individuales de la constitución nacional tutelaran al ex-dictador, extrañado de la República por el rencor civilista. Y aun en una existencia intensa de menos de medio siglo (1851-1899) se dio espacio para ser uno de nuestros primeros historiadores literarios y uno de nuestros primeros analistas sociales, que tal prueban sus estudios sobre las clases medias, sobre el gaucho, sobre la pobreza del paisanaje vencido y otros múltiples temas que el libro aún no ha recogido.

nuestra historia. Y, suponiendo que la modernidad europea fuera nuestro modelo, ¿qué actitud concreta era recomendable ante las potencias nacionales de Europa en su acción dentro de nuestro ámbito? ¿La confianza ilimitada en su generosidad y benevolencia? ¿La cerrada postura defensiva? ¿La cauta, equilibrada desconfianza?

Inmensos, muy verbalizados, muy replanteados asuntos, que tuvieron también sus ricos paralelos al nivel filosófico, al nivel religioso, al nivel económico-social y que reclamarán por mucho tiempo el esfuerzo inteligente de nuestra incipiente historia de las ideas.

QUINTO: CONTINUACIÓN DE LA ACTIVIDAD INTELECTUAL

No podríamos cerrar, con todo, este apretado bosquejo sin hacer referencia brevísima a un último aspecto de todo sistema cultural moderno. Es el que representa la continuación

de la actividad intelectual característica de cada época, ya sea en la órbita universitaria, académica, ya en la más peculiarmente nuestra de la autodidáctica. Se hizo ya referencia relativamente amplia a la labor historiográfica. Debe hacerse también a la filosófica, que representaron en el siglo personalidades como Fray José Benito Lamas, Plácido Ellauri y Prudencio Vazquez y Vega. Y a la científico natural, cumplida entre múltiples obstáculos por Dámaso A. Larrañaga, Teodoro Vilardebó, José Arechavaleta y otros. Y a la económica, que alinea

junto a Carlos de Castro las muy valiosas personalidades de Francisco Lavandeira y Carlos María de Pena. Y a la jurídica, que representa la interesante figura de Gregorio Pérez Gomar. Y a la teológica y apologetica, que tuvo su punto más alto en monseñor Mariano Soler. Y a la crítica e historia literarias, que conoció el empeño fundacional de Andrés Lamas, de Luis Melián Lafinur, de Luis Destéffanis, de Francisco Bauzá y de otros.

HISTORIA
DE LA
DOMINACION ESPAÑOLA

EN EL URUGUAY

FRANCISCO BAUZA

TOMO III

Facsimil de la 1ª edición de "La Dominación española en el Uruguay", de F. Bauzá.



BERNARDO P. BERRO

Contradictorio y rectilíneo, límpido y misterioso al mismo tiempo, Berro (1803-1868) es sin discusión posible la silueta civil de perfil más puro de todo nuestro siglo XIX. El gobernante de 1860, el hombre que quiso implantar en el país las pautas más elevadas de perfección democrática, de decencia y eficacia administrativas, de desvelada defensa del patrimonio nacional, ha quedado fijo en la imagen de su derrota y su violenta muerte. Pero este ser del siglo XVIII, como alguna vez lo hemos llamado, este montevideano de los primeros tiempos vuelto al reclamo de la tierra y a sus afanes, también fue un intelectual de altas calidades, un poeta de firme pulso clásico y racional y una de las mentes autodidactas más originales y profundas de nuestra cultura.

BIBLIOGRAFIA BASICA

- ARDAO, Arturo: *Filosofía pre-universitaria en el Uruguay*, Montevideo, 1945.
- ARDAO, Arturo: *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay*, México, 1950.
- ARDAO, Arturo: *Racionalismo y liberalismo en el Uruguay*, Montevideo, 1962.
- ARDAO, Arturo: *Orígenes de la influencia de Renán en el Uruguay*, Montevideo, 1955.
- ARDAO, Arturo: *La Independencia uruguaya como problema* (en *Uruguay: las raíces de la Independencia*, Montevideo, Cuadernos de "Marcha", 1967).
- BLANCO ACEVEDO, Pablo: *Andrés Lamas* (en *Escritos selectos...*, Montevideo, 1922).
- CASTELLANOS, Alfredo R.: *Introducción al estudio de las ideas del Pbro. Dámaso A. Larrañaga*. *Revista Histórica*, Tomo XVI, Nros. 49 y 50 (2ª época), Montevideo, 1951.
- GANON, Isaac: *Del pensamiento social uruguayo* (en *Introducción a la sociología nacional*, Montevideo, 1966).
- GÓMEZ HAEDO, Juan Carlos: *La crítica y el ensayo en la literatura uruguaya* (en *Historia sintética de la literatura uruguaya*, vol. III, Montevideo, 1931).
- JESUALDO: *Formación del pensamiento racionalista de José Pedro Varela*, Montevideo, 1958.
- LIAMBÍAS DE AZEVEDO, Alfonso: *Los "Anales del Ateneo del Uruguay"* (en *Revista del Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios*, Año I, nº 1, Montevideo, 1949).
- MONTERO BUSTAMANTE, Raúl: *Escritos del doctor don Carlos María Ramírez*, introducción, Montevideo, 1923.
- ODDONE, Juan Antonio: *El principismo del setenta*, Montevideo, 1956.
- ODDONE, Juan Antonio: *La historiografía uruguaya en el siglo XIX: apuntes para su estudio*, Montevideo, 1959.
- ODDONE, Juan Antonio y PARIS de ODDONE, M. Blanca: *Historia de la Universidad de Montevideo. La "Universidad vieja" - 1849-1885*, Montevideo, 1963.
- PARIS de ODDONE, M. Blanca: *La Universidad de Montevideo en la formación de nuestra conciencia liberal - 1849-1885*, Montevideo, 1958.
- PIVEL DEVOTO, Juan: *Historia de los partidos y de las ideas políticas en el Uruguay*, tomo II, Montevideo, 1956.
- PIVEL DEVOTO, Juan: *Las ideas constitucionales del Dr. José Ellauri*, Montevideo, 1955.
- PIVEL DEVOTO, Juan: *Las ideas políticas de Bernardo P. Berro*, Montevideo, 1951.
- PIVEL DEVOTO, Juan: *De la leyenda negra al culto artiguista* (en *"Marcha"*, Montevideo, de 23-VI-50 a 2-II-51).
- SOLARI, Aldo: *Noticia histórica* (en *Las ciencias sociales en el Uruguay*, Rio de Janeiro, 1959).
- VEDIA Y MITRE, Mariano de: *Prólogo a El Iniciador* (reproducción facsimilar), Buenos Aires, 1941.
- VIDAURRETA DE TJARKS, Alicia: *Juan Carlos Gómez, periodista y polemista* (en *Revista Histórica*, Montevideo, tomos XXXIII y XXXIV, 1962-1963 y "Separata").

En *CAPITULO ORIENTAL*

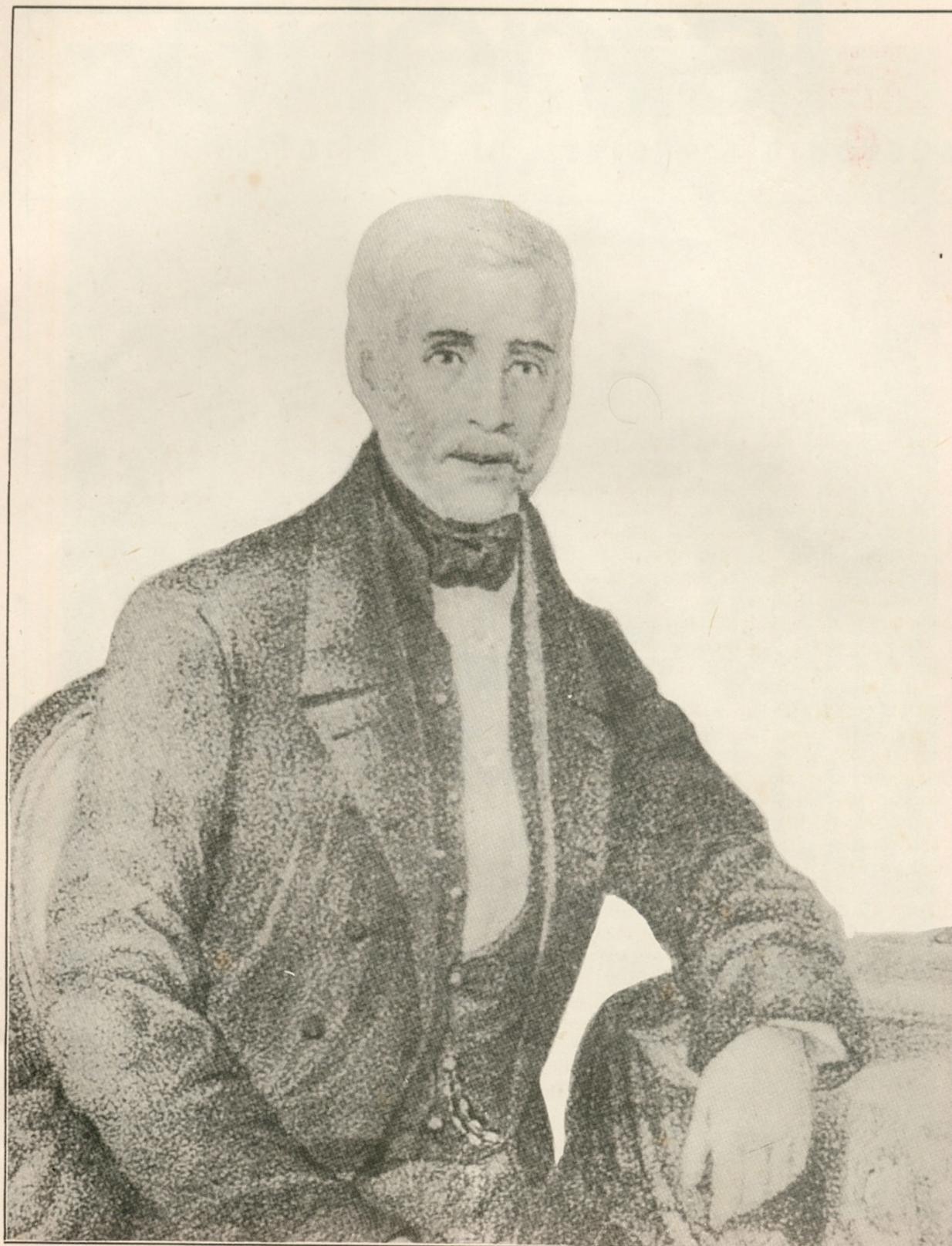
N.º 9

LA PROSA DEL
MIRAR Y DEL VIVIR

y junto con el fascículo, el libro
EL TIEMPO VIEJO: CRONISTAS Y
MEMORIALISTAS (Antología)

Indice

- LA BUSQUEDA DE UNA LITERATURA TESTIMONIAL.
- PROTAGONISTAS Y CONTORNOS.
- ORIENTALES SOBRE EL PASADO.
- LOS VIAJEROS.
- UN INTERES DIRECTO.



General Manuel Oribe.

Este fascículo, con el libro
EL URUGUAY Y SUS PROBLEMAS
(antología)
constituye la entrega N.º 8
de **CAPITULO ORIENTAL**

Precio del
fascículo
más el libro: \$ **100.-**

CENTRO
EDITOR
DE AMERICA
LATINA



Copyright — 1968 Centro Editor de América Latina, Plaza Independencia 1374, Montevideo.
Impreso en el Uruguay - Printed in Uruguay - Hecho el depósito de ley.
Impreso en "Impresora REX S. A.", calle Gaboto 1525, Montevideo, en marzo de 1968.
Comisión del Papel - Edición amparada en el art. 79 de la ley 13.349.

Viejo edificio de la Universidad de la República.